

Buenos días, Egunon

En primer lugar, quiero agradecer, como president del Parlament de Catalunya, la invitación del Forum Nueva Economía de Bilbao, que me da la oportunidad de dirigirme a ustedes de manera directa, algo importante en unos tiempos en que los representantes políticos, y las ideas y propuestas que defendemos, pueden llegar con facilidad a cualquier punto del país gracias a los medios de comunicación y a las nuevas tecnologías de la información, pero en la mayoría de las ocasiones, solo de manera fragmentada, parcial, cuando no estereotipada. El contacto directo, conocer el mensaje en su totalidad, sigue siendo un proceso insubstituible.

Y es en parte vinculado a ello que versará mi intervención, pues pretendo compartir con ustedes algunas reflexiones acerca del funcionamiento del sistema político, acerca de la salud de la democracia representativa en el Estado español ante las nuevas realidades del siglo XXI.

Antes de nada, sin embargo, permítanme expresar, como president del Parlament, que lamento profundamente la ruptura de la tregua de ETA.

Lamento que ETA haya cerrado la puerta a un proceso que todos los que creemos en la democracia, todos los que valoramos la paz, anhelábamos que, pese a las dificultades, llegara a buen puerto.

En este sentido quiero recordar que desde las instituciones de Cataluña siempre hemos expresado un contundente rechazo al uso de la violencia, siempre hemos defendido el diálogo, la convivencia, la libertad y los derechos básicos de las personas y de los pueblos.

Por tanto, en estos momentos en que se abre una nueva etapa de dificultades, de inseguridad, de tensión, en que una vez más se aleja aquello que deseamos, quiero reiterar que condenamos el uso de la violencia y mantenemos nuestro compromiso con la paz y con la democracia.

ETA ha cerrado una vez más la puerta, pero no puede hacer desistir a las muchas personas que en estos últimos años han estado trabajando, luchando por construir puentes de diálogo y resolver el conflicto.

A todas ellas quiero recordar, en un momento como este, unos versos de Miquel Martí i Pol: "Sigueu tenaços que la lluita és molt dura. La pau no és un cop de vent sobtat, sinó la pedra que cal esculpir i l'esforç per conquerir-la". Traduzco: "Sed tenaces, que la lucha es muy dura. La paz no es una ráfaga de viento repentino, sino la piedra que debemos esculpir y el esfuerzo para conquistarla"

Al fin y al cabo, ustedes mejor que nadie son conscientes de que la vía del diálogo (y no la de la agresión ni la de la imposición) es la única que puede resolver plenamente los conflictos que se nos plantean.

Lo contrario es cerrar siempre en falso, alimentar rencores que arrastramos incluso a través de los siglos, como sucede al fin y al cabo en el Estado español.

Y permítanme añadir, reafirmando mi apoyo y mi compromiso con la cultura de la paz y con la no violencia, con la cultura del diálogo, que como independentista, que lo soy, y no acepto ser criminalizado por ello en un Estado democrático, como persona que aspira a alcanzar pacífica y democráticamente la independencia de Cataluña, creo que precisamente son los violentos y los que mantienen vigentes argumentos trasnochados los que alejan a la ciudadanía del proyecto independentista; son ellos los que nos lo ponen más difícil.

Porque hoy en día tenemos suficientes argumentos conectados a la realidad de nuestro tiempo, vinculados a la eficiencia y el desarrollo de los estados de bienestar en el siglo XXI (y solo hay que echar una ojeada a lo que está sucediendo en Europa), tenemos suficientes argumentos, digo, para hacer entender, de manera libre y racional, que el nuestro puede ser un proyecto positivo en el que puede acabarse implicando, democráticamente, la mayoría de la sociedad.

Dicho esto, permítanme que, como anunciaba al principio, comparta con ustedes algunas reflexiones (desde Cataluña) en relación a ciertas carencias políticas del sistema de democracia representativa vigente en todo el Estado. Reflexiones que tras casi treinta años de democracia no podemos retardar.

Más aún cuando, desde las instituciones, desde el mundo de la política, venimos advirtiendo a la sociedad, a las empresas, a los trabajadores, sobre la necesidad de adaptarse a las nuevas realidades del siglo XXI, en relación a las grandes transformaciones que la globalización y la revolución de las nuevas tecnologías están llevando no solo a los modos de producción, o de gestión, sino también al modo de vida de las personas.

Cambiar mentalidades, cambiar estructuras, formas, procedimientos, modernizarse para mantener la competitividad de empresas y trabajadores, para mantener un progreso sostenible, para formar parte con las mejores expectativas de este nuevo milenio.

Es un discurso, insisto, que hemos aceptado para la esfera privada y la social, para el mercado y las políticas públicas.

Pero la esfera política, nuestro sistema democrático, ¿se está adaptando? ¿Responde a las nuevas realidades del siglo XXI?

Y no me refiero al hecho de que Cataluña, en ausencia de violencia, escrupulosos siguiendo las reglas democráticas, hayamos intentado ver reconocida nuestra identidad nacional y modernizar un Estado ineficiente por centralizado, y ahora nos encontremos ante la posibilidad de que la ciudadanía catalana, expresada en referéndum, puede ser desautorizada por el Tribunal Constitucional.

Tampoco a que el Govern de la Generalitat siga precisamente sin tener derecho a convocar referéndums, expresión máxima de democracia. Ni a que, pese a las reiteradas peticiones de representantes políticos en el Congreso de diputados, se mantenga la opacidad sobre los datos de las balanzas fiscales territoriales, que pondrían al descubierto el inaceptable déficit fiscal que padece Cataluña, esos más de 19.000 millones de euros de diferencia entre lo que Cataluña "gasta en Estado" y lo que recibe de este.

Ni me refiero hoy a los obstáculos que suponen las limitaciones de autonomía, de competencias, de financiación, a la hora de diseñar nuestro propio futuro en un mundo en transformación, en el que el mayor potencial, según expertos internacionales, es el de regiones estado del tamaño y las características de Cataluña.

No, hoy en este Foro quiero hacer hincapié en los problemas de proximidad y calidad democrática que padece nuestro sistema político.

En Cataluña, las recientes elecciones municipales han puesto al descubierto un fuerte alejamiento entre la ciudadanía y la vida política, plasmado en una abstención global del 46,2 por ciento.

Pero es que ya en los últimos años, encuestas oficiales de opinión venían advirtiéndolo que alrededor del 50 por ciento de la población se autocalificaba poco o nada interesada en la política, y casi en las mismas cifras se situaba el porcentaje de los poco o nada satisfechos con el funcionamiento de nuestra democracia.

Sin embargo, al observar detenidamente los datos de participación, hemos visto que la abstención en las últimas elecciones presenta una alta correlación con el tamaño de los municipios.

En 575 poblaciones de Cataluña la participación ha superado el 70 por ciento. Por el contrario, las cinco ciudades que tienen un censo superior a 100.000 personas con derecho a voto, es decir, Barcelona, l'Hospitalet, Sabadell, Terrassa y Badalona, han presentado unos índices de abstención superiores al 50 por ciento.

Se deduce, por tanto, que cuando el ciudadano nota de cerca la presencia de la política, cuando vota en clave municipal teniendo visible dicha política municipal, tal como sucede en los municipios de población reducida, cuando hay contacto directo, se eleva el interés y la participación en esa realidad política.

Incluso si miramos los resultados de Euskadi, cuyas elecciones han presentado, digamos, evidentes elementos diferenciales, y que no ha sufrido esas abstenciones de más del 50 por ciento, incluso en Euskadi se observa esa correlación entre participación y tamaño de población.

La participación global ha superado el 60 por ciento, pero por ejemplo, en Bilbao ha sido del 56,92 por ciento, y en toda Vizcaya, tan sólo ha sido inferior en tres poblaciones: Baracaldo, Erandio y Sestao, mientras que en muchos pueblos ha superado el 70 e incluso en algunos el 80 por ciento.

Refuerzan este argumento del vínculo entre cercanía e interés en la vida política las experiencias de participación ciudadana llevadas a cabo en diferentes ayuntamientos.

Con mejores o peores resultados, hayan funcionado mejor o peor, todas ellas comparten la constante de que aquellos que han participado en dichas experiencias, a partir de aquel momento, siguen con mayor atención la política (y las políticas) de sus pueblos o sus barrios, más allá de los titulares de prensa y televisión.

Alguien puede argumentar que lo expuesto sobre la participación en las elecciones municipales catalanas puede preocupar en Cataluña, pero no tiene por qué fuera de ella.

Ciertamente, la abstención ha venido a ser una especie de fiebre alta que ha advertido sobre la salud política en Cataluña.

Y esa fiebre alta, esa abstención, no ha sido, en cambio, especialmente acusada en el resto del Estado.

¿Significa ello que la salud política de la democracia representativa es de hierro en el resto del Estado?

Porque si así lo creen, deberían empezar a tener en cuenta que según datos del CIS, al 67 por ciento de los españoles la política les interesa poco o nada.

Y solo el 32 por ciento de los encuestados se consideraban ciudadanas o ciudadanos que entendían de política.

Si la soberanía recae en el pueblo, si es el pueblo el que elige a los representantes políticos, no podemos mirar hacia otro lado si la mayoría nos dice que no les interesa la política, que no la entienden.

La ignorancia es siempre un obstáculo al progreso. Por tanto, debemos empezar a preguntarnos cómo hacer que ese soberano colectivo que es el pueblo, esté mejor formado e informado políticamente, que tenga mayor cultura política. Que se interese y se implique.

De lo contrario, con lo que nos encontramos es con una democracia sujeta a la movilización o desmovilización de millones de personas inicialmente desconectadas, insisto, de la política y de las políticas que se desarrollan en los diferentes niveles de Gobierno.

Y quien no sabe, no conoce, no entiende, tan pronto puede ser movilizadado por el miedo como por la demagogia. Y es así como aparecen partidos xenófobos, partidos de antidemócratas, o de simples aprovechados.

Son el desconocimiento, el desinterés, lo que corrompe cualquier democracia. La corrupción y la perversión de la democracia se alimentan de la desinformación, de la desconexión entre la población y lo que sucede en sus administraciones. Es más. Frecuentemente la opinión pública carga sus quejas sobre los representantes políticos; y sí, no podemos esconder ni negar que no siempre acertamos, que los representantes políticos somos personas y a veces nos equivocamos.

Pero eso nunca puede servir de excusa a la ciudadanía para desconectarse de la política. Al contrario, solo con una ciudadanía implicada y participativa, vigilante, atenta, podremos reducir errores, prácticas demagógicas y enfrentamientos estériles. Necesitamos una ciudadanía informada, libre y con criterio propio. Eso también forma parte de la revolución que estamos protagonizando en el siglo XXI.

Por otra parte, hay quien plantea la política como un enfrentamiento continuado entre partidos donde se gana o se pierde, ya sea un debate, un pacto o una elección de representantes del pueblo. Pero eso no es ni gobernar ni hacer oposición. La razón última de un gobierno o una oposición no debería ser hacer puntos para ganar elecciones, sino proponer e intentar llevar a cabo las medidas que considera necesarias para el bien de su país.

La política no es ese simplismo entre ganar y perder. La política es compleja porque es la puesta en común de las muchas realidades y de las distintas visiones de un país, que pueden llegar a encontrarse mediante el uso de la palabra, el diálogo razonado y la discusión argumentada.

Pero los argumentos que se oyen son pocos, e inexistentes los diálogos. Asistimos con demasiada frecuencia a monólogos cortos y simplistas, a medias verdades de los que buscan su espacio en los medios de comunicación, cada uno desde su visión propia y cerrada.

La política es mucho más que aquello que aparece en los medios de comunicación. Es también, y sobre todo, lo que se hace a diario en los parlamentos, en los gobiernos, en los ayuntamientos, es el mucho trabajo (no siempre visible, no siempre reconocido), de diputados y diputadas, de alcaldes y alcaldesas, de concejales y concejales, de miles de personas con una u otra responsabilidad en la vida política. Son las leyes aprobadas y las que se encuentran en proceso de elaboración o de discusión. Y eso, insisto –y lo reivindico como centro de atención–, afecta a todos, mucho más que un fuego cruzado de declaraciones.

Es preciso frenar la demagogia y la desmesura. El interés en la política no puede refugiarse en la crispación, en la tensión permanente sin más motivo que movilizar contra algo o contra alguien a esos millones de personas que, como señalan los datos del CIS, se desentienden de la realidad de la vida política.

Necesitamos más calma en las reacciones, más respeto por las instituciones, por las personas y por las ideas, y sobre todo, una reflexión argumentada para debatir y mantener la política en el espacio de lo real y lo racional.

Y debemos reflexionar sobre el papel que al respecto juegan y deben jugar los medios de comunicación. La nuestra es una sociedad mediática, de manera que aquello que la mayoría de la población reconoce como política no es lo que tiene lugar en las instituciones, sino lo que aparece y lo que se dice en los medios de comunicación.

Yo me pregunto, ¿Qué tiene más repercusión? ¿Lo que se dice desde la tribuna de un hemicycle, o lo que se dice desde el atril de una sala de prensa? ¿O qué es más importante? ¿El gesto o la foto que visibilizan un acuerdo, o el contenido de dicho pacto? ¿De verdad que la ciudadanía no puede entender las cosas si no se simplifican hasta la demagogia? Es tener en muy poca consideración la capacidad de entendimiento de las personas presentar un proyecto de Estatuto como algo que simplemente rompe España, o un intento de resolución de un conflicto de treinta años como una rendición.

En esa simplificación caemos y fallamos todos. Es decir, los representantes políticos tenemos la principal responsabilidad sobre el funcionamiento y la salud de nuestra democracia. Pero los medios deben asumir también cuotas de responsabilidad, corregir aquello que en lugar de favorecer la implicación, la mejora democrática de la ciudadanía, provoca el efecto contrario.

Para que no se me malinterprete: en ningún caso pretendo culpabilizar a los medios. Al contrario, lo que planteo es la necesidad de que, más allá de sus objetivos y sus legítimos intereses, colaboren en el objetivo de fortalecer la "educación" política, la cultura política de la ciudadanía.

Los medios de comunicación tienen un papel clave para buscar el encaje de la política en las nuevas sociedades del siglo XXI. Los partidos políticos no pueden esconderse: tienen que cambiar formas, actitudes y roles; tienen que adaptarse y volver a encontrar la conexión con la ciudadanía. Pero hace falta más. Es necesario cambiar mentalidades.

Valga como ejemplo la introducción del uso de las nuevas tecnologías en la política. No basta con introducir el uso de internet, o el voto electrónico. Introducir las nuevas tecnologías sin cambiar los mecanismos de participación, sin cambiar maneras de pensar, sin entender ni implantar nuevas formas de participación, de implicación de la ciudadanía, sin hacer ese paso, las nuevas tecnologías son una simple operación estética de la democracia representativa.

Estamos, en definitiva, obligados a empezar a mirar más allá, a entender que el siglo XXI, del mismo modo que está cambiando las formas de producir, de trabajar, de vivir, obliga a transformar el rol de los partidos, cambiar mecanismos y formas de la democracia representativa, formas de hacer política, formas de relacionar al ciudadano con sus derechos y sus deberes con la democracia. El futuro ya está aquí, y nos urge adaptarnos. Es una cuestión de salud, de salud democrática.

Termino mi intervención. Y lo hago con una confesión muy personal. Soy optimista en relación al futuro. Y ser optimista no significa que sea fácil, ni mucho menos.

Pero miren, lo digo con orgullo: Euskadi y Cataluña son dos países extraordinarios. Y hace falta que nosotros seamos capaces de creerlo y de explicarlo. Tenemos grandes retos, grandes esperanzas, grandes oportunidades, el siglo XXI nos las pone delante. También problemas complejos, por supuesto.

Es necesario que sepamos aprovechar las oportunidades. Tenemos calidad y recursos para afrontar los nuevos retos. Tenemos fuerza y argumentos para enfocar el futuro con las máximas garantías. Euskadi y Cataluña son dos naciones que emergerán en la Europa del siglo XXI. Estoy convencido.

Y como enamorado que soy de su país, déjenme terminar con unos versos de Raimon, uno de nuestros cantautores de referencia, que dedicó una de sus canciones más emotivas a Euskadi: "Tots els colors del verd /

gora Euskadi, diuen fort /

la gent, la terra i el mar /

allà al País Basc.